

de Argelia, parisiense cumplida, llena de gracia y atractivos. Para obtenerla, el hermoso Yusuf, elevado al rango de general, recibió el bautismo con el uniforme actual de los oficiales generales. Su nueva religion le sirvió para obtener a su segunda esposa y la calidad de francés. El seductor héroe de novelas se transformó en un general de brigada de pantalon colorado; cortóse la ondulosa barba, dejóse crecer el pelo, proscribió las costumbres orientales, y el indómito hijo de la fortuna aprendió en la escuela de los buenos modales. «*Es un tigre domado por la señora Yusuf, que solo se manifiesta terrible en los celos,*» me decía el elegante prefecto de Argel Mr. de Mercy.

Pero, ¿cómo se halló Yusuf con esta trasformacion? Para el vulgo semejante cambio es mortal: en cuanto a él, es una naturaleza ricamente dotada: se hizo francés en el idioma, en su manera de agradar, en todo su sér doblegado a modales mas tranquilos, podría decir diplomáticos. Siguió siendo lo que era: un noble y fogoso hijo del Oriente, por su bravura, por su talento vivo y penetrante, por el encanto de su ingenidad de tigre, por la seducción de su humor hospitalario. Ejerce la hospitalidad de un modo solemne, con magnificencia de príncipe. Estas diversas cualidades, unidas a un exterior animado y simpático, hacen que para un extranjero parezca superior y aun eclipse a sus camaradas nacidos en el seno de la civilizacion. Sin embargo, sabe conciliarse su afecto y su estimacion, porque es bravo como un leon y astuto como una serpiente; dos cualidades que los franceses estiman mucho. No parece advenedizo, porque él mismo habla de su pasado: más bien se conoce que sus servicios son un favor que ha hecho a la Francia. Permanece independiente y libre sobre el pedestal que se ha levantado.

Siento no haberlo visto en el magnífico traje oriental: debía estar hermosísimo, y el turbanté daría cuerpo a su estatura algo pequeña. De las costumbres mahometanas solo ha conservado la aversion al vino y grande amor a la pipa, y cuando puede sentarse con las piernas cruzadas, no oculta su complacencia. El solo rasgo que recuerda todavía en él al tigre del desierto, es la mirada inflamada, sombría y profunda. Cuando su ojo lanza relámpagos bajo sus negras pestañas, y se descubre entre los bigo-

tes y su barba, negros como el carbon, la hilera de sus blanquísimos dientes, podría pasar frío glacial por las venas de mas de uno; pero se tiene ánimo pensando en el magnetismo de Madama Yusuf y en las lecciones que ella le dá.

Ganamos a Medéah a galope. Hicimos en ella nuestra entrada— una verdadera entrada— que Yusuf nos habia preparado con todos los honores de que podía disponer. Dos cañones situados en la puerta de la ciudad nos dirigieron su salva: la tropa formaba valla; la poblacion femenina lanzó el grito gutural de que ántes hablé: habríase tomado por los alaridos de una horda de canibales. El general habia reunido para la ceremonia a la tribu de los Mohabicks, que no cria caballos, y hacen a pié el comercio entre el desierto y la Francia. Ella nos acogió al ruido de pífanos y tambores. Rodeados de los gefes de las otras tribus convocadas, entramos en la casa del general, construida en la plaza.

Inmediatamente comenzó una *fantasia*, es decir, un combate simulado con danzas, bajo las descargas incesantes de los largos mosquetes, algunos cargados con bala; todo esto acompañado de pífanos, tambores y de un grito infernal de guerra, al que se une el coro gutural de las mujeres envueltas en sus velos. En estas fantasías a pié, los combatientes se lanzan unos contra otros con saltos de tigres, y al mismo tiempo hacen fuego a los piés de sus adversarios. Representaos en la extensa plaza, una multitud de beduinos vestidos de blanco, envueltos en los torbellinos del humo de la pólvora que es el atractivo principal de la fantasia para los árabes; figuraos los gritos agudos de la poblacion exaltada, y comprenderéis que todo esto produce una impresion salvaje y da casi calofrío. Los juegos son, dícese, los que caracterizan a los pueblos: ¿puede esperarse otra cosa de los hijos del desierto que un juego guerrero, unido a una excitacion fanática y acompañado del estruendo de las armas y de gritos tumultuosos?

La Sra. Yusuf en el mas elegante tocado parisiense, estaba parada a la entrada de su vasto y bonito salon de recibir. Es una mujercita esbelta, débil y enfermiza, con ojos vivos, picantes y de color sombrío; nótese en ella la amabilidad seductora y la expresion risueña y segura de una persona que posee el arte de dominar, privilegio habitual de las mujeres nerviosas y delicadas.

Verdadero enigma es el de adivinar cómo esta persona que no es nada bella, ha podido encadenar y ablandar al soldado apasionado, acostumbrado a la victoria. Se dejó caer, mas bien que se sentó, sobre un rico divan cubierto de alfombra: sus piés reposaban sobre una piel de leon maravillosamente grande y vistosa; esta parece ser la postura favorita de la graciosa esposa del general africano. Despues de algunas frases de cortesía y de la presentación obligada de mis compañeros de viaje, nos fué permitido cuidar de nuestro aseo.

Yusuf me habia reservado un cuarto delicioso de una riqueza confortable y de magnificencia llena de simplicidad. Las paredes estaban pintadas de colores apagados a propósito para no molestar la vista, poco más ó ménos como en el convento de Gibraltar. El pavimento, guarnecido de ricas pieles y de alfombras del mas exquisito gusto, recordaba el Oriente; los muebles cómodos a pesar de su forma medio morisca, disimulaban mal su origen parisiense. Aparadores y mesas cubiertas de mil fruslerías preciosas é interesantes, completaban un interior que encantaba habitar; pero el colmo de bienestar lo debí al envío de una deliciosa botella de champaña enfriada en el hielo. Mi huésped, al enviármela, sabia bien cuál es la clase de refresco que se desea mas en semejante clima y despues de tal excursion: se lo agradecí infinito, y tomé nota para las ocasiones por venir.

La hora de la comida se acercaba. Ábrense las dos hojas de la puerta; ofrezco mi brazo a la amable dueña de la casa, y entramos en el comedor en donde todo se hallaba dispuesto en muy buen órden: la sociedad era numerosa y animada de la mas franca alegría. Nos sirvieron una comida excelente a la francesa; todo esto en el centro del Atlas, en un país medio desierto en el que poco tiempo hacia que nadie se aventuraba sin ir rodeado de innumerables bayonetas, en una casa construida por los moros, la que hace pocos años ocultaba en sus habitaciones inaccesibles los misterios mas secretos del haren. Para realizar con éxito semejantes trasformaciones se necesita un Yusuf, un hombre crecido en estos países y que no conoce dificultades: en punto a comodidades y gusto, es probable que su mujer le haya ayudado. De la casa morisca queda todavía el patio con pórticos, una fuente y algunos

verdes arbustos. Unas cuantas garzas reales de una especie rara se paseaban con aire pensativo y fiero en este patio; una bonita gacela de grandes ojos con bolas de plata en los cuernos juguetaba graciosamente bajo los portales.

Pero volvamos a la comida: de este servicio excelente solo mencionaré una pieza muy curiosa, un asado de gacela, delicado y sabroso, blanco como la nieve. El aroma de este asado, mas fino que el de venado ó de ciervo, no deja tiempo a los convidados para entregarse a sentimentales lamentos sobre el asesinato de ese animalito encantador que se alimenta con flores.

Un sirviente negro, de buena presencia, de traje bordado de oro, disponia los platos en la mesa. Me gusta mucho ver a mi rededor tales caprichos de la naturaleza: negros, enanos, jeduques, bufones de corte. Verdad es que esto no cuadra con nuestro siglo tan razonador: un negro, segun nuestras refinadas ideas, cuesta mucho y no produce nada; solo sirve para mostrar la riqueza del tren de casa, como el gallo en un corral. Unicamente en la corte de Prusia he visto aún semejantes singularidades cerca de la persona de los soberanos; entre otras, un delicioso enano chino, y un personaje mas agradable, si posible es, el lector del rey.

Despues de la comida se reunió numerosa concurrencia en el salon magníficamente iluminado. Todo el que podia invocar un título, por pequeño que fuese, tuvo a honor el presentarse. Algunos maridos concurrieron allí con sus mujeres.

El adorno mas notable del salon eran, sin contradiccion, todos los Chaiques de las tribus convocadas en Medeah. Estaban sentados en dos largos divanes, con una piel de leon bajo sus piés. Envueltos en sus mantos escarlatas, y con sus graves rostros rodeados por los pliegues ondulosos de sus blancos albornoces, permanecian inmóviles sin decir una palabra, como los senadores romanos, cuando sentados en sus sillas curules, semejantes a estatuas, recibieron a las hordas de los galos. ¿Era calma, orgullo, humildad ó desafio? Es lo que solo saben estos altivos patriarcas de una tierra en otro tiempo tan libre, que viven y se guian todavía hoy segun las antiguas tradiciones de Abraham. En su mayor parte eran hombres hechos, y aun algunos ancianos de barba plateada. Su tipo es esa fisonomía que distingue a la raza guerrera de los

beduinos: reúne las nobles facciones semíticas de los árabes á la terrible y salvaje expresión del tigre: la nariz fina y noble establece la armonía entre la prominente boca guarnecida de dientes blancos y largos cercada de barba puntiaguda, negra como el carbon, y la frente enérgica y entrante. Del centro de aquellas sombrías caras, un ojo más sombrío y astuto todavía despidió relámpagos.

Los beduinos tomaron helados: este fué el único movimiento que hicieron, sin proferir por lo demás una palabra. Al mismo tiempo y enfrente de ellos, las señoras parisienses charlaban cerca de la mesa donde se servía el té. Rico en contrastes como ninguno otro es este país: es uno de sus principales atractivos; pero en estos contrastes casi toda la ventaja está del lado de los indígenas.

Dos figuras interesantes se distinguían de las demás. La primera era un Chaique vestido de brillante púrpura. Solo tiene un pié, pues habiendo recibido una herida en un combate, se amputó el otro por sí solo con un cuchillo embotado. El cuchillo es conservado por Yusuf en una pequeña panoplia, como un trofeo del poder de la voluntad humana.

El segundo personaje interesante era un joven marabout de diez y nueve años, tipo el más cumplido y hermoso que verse pueda de un árabe inspirado. Es un descendiente del Profeta: nacido por consiguiente de una familia sacerdotal, él mismo es una especie de muphti, lo que no le impide tener dos mujeres. Reconócese su alto rango en la nobleza de su porte de príncipe, en la melancólica gravedad de sus facciones dispuestas en una cara ovalada, en la sencillez y esplendente blancura de su vestido, que envuelve enteramente su rostro imberbe y pálido, como si fuera el de una monja. De esa cara enferma y lánguida, brotaban de vez en cuando, bajo la sombra de sus anchos párpados, chispas que traicionaban el fuego interior, el fuego devorador del alma. Jamás vi joven de diez y nueve años dotado de tanta dignidad y gracia, de porte tan reposado como el de este marabout; por lo mismo es sumamente venerado entre su pueblo. Actualmente reside en Médéah para aprender el francés, haciendo en él, según se dice, admirables progresos. Su hermano mayor lo habla corrientemente.

Yusuf, volviéndose hacia el marabout le dijo: *¿No es verdad que quieres mucho a los franceses?* El marabout llevó la mano a su pecho y se inclinó respetuosamente. Yusuf se volvió riendo de nuestro lado, y dijo: *«Estos b. . . nos detestan, pero nos temen y con esto nos basta.»* Cuando esto decía, el marabout a quien mi juventud y mi calidad de extranjero inspiraban más confianza, me dirigió una mirada tan profunda, tan dolorosa y tan ardiente, que me produjo malestar y una especie de angustia. ¡En aquella mirada se encerraba toda la historia de las razas beduinas, en otro tiempo tan libres, tan dignas de envidia y tan nobles!

Comenzaba el fastidio á deslizarse entre nosotros, cuando nuestro amable huésped llegó en nuestro auxilio proponiéndonos que asistiésemos a un baile de mujeres moras. La oferta no dejaba de ser un poco embarazosa. Sabía yo, por la lectura del travieso Semilasso, que esos famosos bailes no son precisamente edificantes; sin embargo, por el amor al arte, me dije, puede uno sacrificarse una vez en su vida aunque no fuese más que a título de viajero: y además, ello hacía parte del conjunto. La señora Yusuf no pareció tomar la cosa con tanta tranquilidad: lo que le chocaba principalmente era la idea de que iríamos a admirar a aquellas farfantes en un café cerrado. Pálida de cólera, lanzó a su marido una mirada que no era de las más tiernas, y nos declaró que cedería con gusto su sala a aquellos ejercicios de Frinos, y pasaría con las señoras a un retrete. Esperaba que por este medio tendría por lo ménos en su poder al enemigo; pero Yusuf le replicó con dulzura: *«No es decoroso, hija mía.»* y abandonando a las señoras a sus reflexiones, la sociedad masculina se puso en marcha en medio de las tinieblas de la noche para dirigirse al café.

Entramos en una sala alta dominada por una cúpula morisca. Algunas lámparas que colgaban de la bóveda como en las mezquitas, derramaban incierta y romántica luz: un chorro de agua esparcía la frescura volviendo a caer en un vaso de mármol. Un balcón de madera, dispuesto alrededor de la sala a altura de hombre, contenía algunos espectadores que se hallaban ya en la casa: el espacio se llenó más y más de gran número de moros de aire grave é impenetrable. Cerróse la puerta; porque debo advertir que estos bailes están prohibidos, y no debe sorprenderse a la autoridad

en flagrante delito de infracción a la ley. Nos colocamos en círculo; tendióse una alfombra en medio, y se dispusieron algunas luces para alumbar a las bailarinas. Estas fueron introducidas por su jefe al círculo, de dos en dos y sucesivamente; las parejas se alternaban en el baile, mientras que la concurrencia fumaba pacíficamente la pipa.

Eran en su mayor parte jóvenes de catorce á veinte años, de talle desarrollado, de expresión voluptuosa y atrevida, de cejas pintadas, con lunares postizos en la cara, ojos negros, de mirada lasciva y descarada, cuyos párpados no se bajan ya delante de nada. Su traje era fantástico: de la cintura al tobillo estaban envueltas en pesadas telas de seda de subidos colores. Les cubría el busto una simple camisa de gasa sujeta por medio de lazos de oro. En la cabeza llevaban una pieza de seda de diversos colores, colocada de lado con coquetería, y terminada en punta llena de brillantes oropeles. Usaban pantalones, y sus brazos y piernas estaban adornados con placas de oro. Las figuras más prominentes, eran una muchachona de diez y nueve años, atrevida y provocativa como un granadero; otra de catorce años, y una muchachilla fresca y graciosa por su robustez, que apenas salía de la primera flor de su edad.

La música se componía de la antigua viola morisca, del pífano monótono y del tamboril que tocaban mujeres soberbiamente vestidas: al mismo tiempo, siguiendo la costumbre morisca, un vaso de barro tocado a compás producía un ruido análogo al del tamboril. Este instrumento estaba confiado a la más bella criatura de la sala, de perfil maravillosamente cortado, de cabeza griega, severa en sus líneas, y de expresión melancólica y pensativa.

Hé aquí en qué consiste este famoso baile. Las jóvenes, después de haberse colocado sobre la alfombra, ejecutan toda clase de movimientos con la parte alta del cuerpo que creeria uno transformado en cautchú. Se balancean, se doblan, se contornean y se enderezan como si quisieran desprenderse de la parte superior de sus personas, y alargarse sin medida. Tienen en cada mano una pieza de seda que pasean flemáticamente por todo el cuerpo, como si quisiesen quitarle el polvo, y que de cuando en cuando, pasan por delante de sus ojos como para decir: "¡Cuán casta y púdica

soy!" Pero toda la representación dice, demasiado, lo contrario. Solo mueven los pies de vez en cuando, para adelantarse con paso lánguido, y balanceándose. Al ejecutar esta figura el granadero, se acercó descaradamente al general Yusuf; pero sin tocarlo.

Estas bailarinas tienen la costumbre de pegarse con saliva pedacitos de oro en la frente; uso que encontré practicado con más elegancia en España, en donde se encuentran todavía muchos recuerdos de los tiempos moriscos. Aun el canto gangoso y lastimero que acompaña aquí de ordinario al baile, se usa todavía en España; pero el baile es allí muy diferente. Allí la verdadera alegría se estremece y murmura con el ruido de las castañetas en ritmo animado y encantador. Ningun pueblo de la tierra baila como el pueblo español.

21 de Julio de 1852.

Montados en magníficos caballos árabes, nos lanzamos desde por la mañana a través de los campos con Yusuf, por una llanura desnuda y ligeramente ondulada, un desierto en miniatura. Por primera vez penetrábamos en el seno de la vida beduina, vida tan libre y de primitiva simplicidad. Grandes tiendas oscuras, hechas de la crin de los camellos, se levantaban sobre las partes altas del terreno. En medio de aquellos pueblos pasajeros, se veían bandadas de camellos, rebaños de ovejas, caballos y mulas atados. Las tribus llamadas por Yusuf de diez y ocho leguas a la redonda, habían pasado la noche bajo la tienda: pero las tiendas en aquel momento solo estaban habitadas por la población invisible de las mujeres. Los hombres y los jóvenes, en ancho frente de batalla, estaban alineados sobre sus fogosas cabalgaduras, y esperaban la fantasía que tanto los apasionaba. Podía haber allí de doscientos a trescientos ginetes. Sus vestidos diversos y pintorescos, el aire de independencia y de vigor propio de los beduinos, producían uno de los más interesantes efectos.

La mayor parte solo llevaban la túnica blanca de lino, el albornoz flotante y la cofia en forma de turbante rodeada de cuerda de crin de camello; y, con este vestido, las pistolas, el cuchillo, y largo fusil delgado, fiel compañero de sus peligros sin fin. Sus piernas están desnudas hasta la rodilla, y sus brazos hasta el codo.

Guerreros de mas alto rango, chaiques en su mayor parte, llevaban el albornoz escarlata sobre el blanco ordinario: las bridas de sus caballos y sus anchos estribos eran de plata cincelada y dorada, cuyo brillo centellante, producía con el sol magnífico efecto. Iban sentados en sillas de color verde ricamente adornadas; sus altas botas de cuero rojo llevaban grandes acicates, cuya punta estaba engastada en el coral y las piedras preciosas: armas costosas brillaban y reflejaban en sus ricos cinturones. Algunos de los gefes llevaban encima del turbante ordinario, grandes sombreros de paja de anchas alas, acabados en punta y profusamente adornados con pequeñas motas de seda y un copo de plumas de avestruz.

A nuestra llegada, fuimos recibidos por la música guerrera de pífanos y tambores, que los acompaña siempre, aun a caballo. Estos instrumentos por su salvaje monotonía, recuerdan las charangas que acostumbran las tropas rusas al desfilar: es la música que oí en la campaña de Hungría.

Yusuf nos condujo a una gran tienda, bajo la cual nos sentamos a la usanza oriental, sobre alfombras y cojines. La fantasía comenzó. El ancho frente de batalla se dividió en pelotones, que lanzándose a galope unos sobre otros, se confundieron formando torbellino: rápidos como el relámpago, destacados ó agrupados bajo sus insignias, segun las circunstancias, pasaban a nuestros piés por la vasta y tostada llanura. Sin interrumpir aquella carrera jadeante y vertiginosa, los nobles y salvajes hijos del desierto descargaban sus largos fusiles, ya parándose sobre los estribos, ya echándose de lado hácia la tierra; despues de lo cual blandian sus armas sobre sus cabezas, ó las lanzaban por el aire como se lanza una bala. Durante esta diversion tan original y poética, resonaban en el llano sus gritos alegres y guerreros. Este espectáculo está maravillosamente dispuesto para excitar la imaginacion y llenarla de entusiasmo: la felicidad y los goces de la vida del desierto se nos revelaban súbitamente. Aquel galope, aquel arranque fogoso, la embriaguez de la libertad, aquel amor ardiente al combate, aquella existencia siempre en movimiento, que se acomodan tan bien con la mayor simplicidad de vida, ejercen una seducción irresistible, imposible de describir.

Silbaban las balas sobre nuestras cabezas, lo que nada tiene de extraño en estas fiestas de beduinos; pero lo que sorprende es que en ese juego desenfrenado solo dos beduinos cayeron. Y aun estos se levantaron como gatos, sanos y salvos para volver a saltar a la silla. La fantasía toda pasó sin desgracia, y es que el caballo hace como parte integrante del beduino; el hombre habita y vive sobre su cabalgadura; desde la infancia se acostumbra a los juegos guerreros, y lo educan en la verdadera guerra.

El hijo de un chaique, niño de nueve años, permanecía con cierto aire de dignidad en el centro del torbellino, montado en un caballo blanco enjaezado de oro. Su solemne gravedad excitó nuestra admiracion. Los mas viejos manifestaban al valiente niño el mas absoluto respeto, y darian sus vidas en los verdaderos combates antes de dejar tocar un pelo de aquella cabeza preciosa que es la del gefe futuro de su tribu. Así es como el jóven beduino se acostumbra a la guerra como a un juego. Semejantes hechos prueban suficientemente que este pueblo no ha perdido aún su noble orgullo y su vigor primitivos. Por lo demás ese pálido niño que me encantó por su vestido guerrero y su porte de príncipe, está ya en posesion de todos sus derechos: tiene dos mujeres, de las que una, de edad de ocho años, fué presentada a la señora Yusuf.

Dos episodios introdujeron en el curso de la fantasía: una caza de avestruz y una corrida de camellos. Dos avestruces pertenecientes al general se soltaron en el llano, é inmediatamente se vieron rodeados por los ágiles beduinos. Fué aquel un espectáculo muy curioso: el aleteo y los movimientos angulosos é irregulares de aquellos enormes pájaros, que en su caprichosa carrera parten impetuosamente como dardos, espantaban a los caballos hasta el punto que sus crines se erizaban de terror.

En cuanto al episodio de los camellos, fué la representacion de una escena de guerra original y particular de la valiente raza de los beduinos. Cuando una tribu marcha al combate contra otra su enemiga, envia por delante sus camellos sin bridas, cargados de grandes canastas cubiertas de alfombra en las cuales van encaramadas sus mujeres; éstas lanzan su grito gutural, que inflama al enemigo y lo atrae como un cebo oculto. Es un ardid de guerra que exige mucho valor: las mujeres que así van a la van-

guardia pueden oír silbar las balas muy de cerca, cuando no les sucede ser cogidas. No puede verse espectáculo más original que el de esos feos animales lanzándose al trote con el lomo cargado de aquel gabinete vacilante de tapicería. Corren al encuentro del enemigo que hace fuego, mientras que del fondo de aquellos abrigos misteriosos sale el coro guerrero de las voces femeniles, más parecido al canto de las eumenides que al de las sirenas. Algunos de esos camellos de combate fueron retenidos y a fuerza de latigazos se les obligó a bajarse para recibir a nuestras señorías en el kiosco de las señoras. Yusuf y yo debíamos subir juntos sobre el mismo camello: al abrirnos las cortinas de tapicería, una mujer velada saltó como un huron de los calientes y suaves cojines. Los beduinos habían olvidado sacarla de allí; la enrollaron como un paquete de ropa, la empujaron y la arrojaron a la canasta de otro camello; todo en un abrir y cerrar de ojos, y ejecutado con tal precipitación como si se tratase de la esposa del Profeta en persona. Las canastas están llenas de muelles alfombras; medio sentado y medio acostado se instala uno en ellas y se balancea bajo la sombra del dosel que forma bóveda por medio de un arco de madera, no dejando de sacudirse uno fuertemente contra la joroba del camello. Yusuf se balanceaba a la izquierda y yo a la derecha: reíamos con el alma al ver nuestra extraña situación en aquel asiento de mujer. La señora Yusuf que había llegado durante la fantasía con varias otras señoras en un elegante tren, nos miraba desde la tienda y se divertía mucho con el espectáculo.

Más ó poco volvimos a nuestras cabalgaduras, y partiendo al galope alcanzamos un pueblo de tiendas que, acabada la fantasía, estaba de nuevo ocupado por su población. La tienda del chaique adornada con la bandera de la tribu se levantaba en medio del círculo. Las puertas de las otras tiendas estaban abiertas; veíase en ellas sentados a los graves beduinos, semejantes a los patriarcas del antiguo testamento, en postura tranquila, altiva y llena de dignidad. Sencilla cortina, hecha de crines de camello, los separaba de los misterios de su mundo mujeril.

En derredor de aquellas ligeras habitaciones se agitaban los caballos que acabábamos de ver galopar con la velocidad del rayo. Su raza es pequeña, flaca, delicada, pero musculosa: a primera

vista no parece muy hermosa. Pero cuando se ve a estos animales en su carrera desenfrenada, rápidos como el ciervo, ligeros como el pájaro, no pueden menos de admirar y de gustar. Su armazón es admirable: parece compuesta de aquellos resortes de acero que se pueden doblar y retorcer; pero no romper.

Para mostrar á las señoras que nosotros, europeos, y aun marinos, éramos capaces también de dar una carrera que recordase un poco la fantasía, picamos nuestros corceles indígenas, y nos pusimos a galopar por la llanura hasta el pié de las tiendas. Preciso es decir que un oficial francés cayó en este ejercicio.

Iban a servir el almuerzo árabe; mas como las señoras no lo encontraban a la moda de París, se fueron. Nosotros nos acostamos sobre blandas alfombras en grupos variados y animados; el alcuzcuz, plato favorito de los beduinos, abrió la danza: es una masa de harina cocida en grasa de carnero, con pedacitos de carne, que se sirve sin acompañamiento. Por demás es decir que en esta clase de comidas, se come con los dedos. El segundo plato, la pieza principal, consiste en un carnero entero al que solo falta la piel, y que asado sobre un simple asador de palo, se sirve con sus cuernos, sus ojos, sus piés y sus entrañas. Necesario es arrancar con los dedos la vianda caliente: es ternísima y tiene buen gusto. También hicieron circular unos pastelitos excelentes y muy picantes, acabándose por el arroz cocido con carne inevitable en todo país mahometano. El agua se sacaba de botas de piel de chivo para servir la en una copa de plata cincelada, en la que se veían todavía nadar, —condimento de que fácilmente se habría prescindido, — los pelos del difunto chivo; mas en un festín árabe podía soportarse, con tanta más razón cuanto que pudimos consolarnos bebiendo champaña que Yusuf nos hizo pasar secretamente.

Preciso era ¡ay! pensar en el regreso. Volvimos a caballo a Medeah; nos despedimos afectuosamente de la mujer del general, y nos separamos de aquel lugar que se nos había hecho tan interesante. El seductor Yusuf nos acompañó todavía hasta cierta distancia. Cuando nos hallamos en la altura, se despidió de nosotros, llevando nuestras gracias más sinceras y más merecidas por la amabilidad y la cortesía exquisitas con que nos había tratado. Con él se desvaneció todo el encanto romántico del viaje.